En la seguda mitad del siglo XIX, la Revolucion iba á cambiar de forma, y la Providencia lo sabia.

Ya no seria la fiera sino la serpiente.

Conociendo, pese á sus profetas, que su triunfo era imposible, no habia de pensar en triunfar, sino en dominar.

Viendo que era imposible arrancar á los hombres la conciencia, abandonó su antiguo sistema y pretendió falsear la conciencia.

Ya no serian los descamisados, sino elegantes diplomáticos sus incansables directores. Su enseña, ya no seria presisamente el gorro frigio, sino tambien las coronas reales.

La revolucion niveladora se hacia reformista, el mismo fondo, forma nueva. La revolucion se aliaba con el protestantismo.

Todavia no se consideraba bastante bien armada y queria mas, y pretendia aliarse tambien, no con el catolicismo, sino con una especie de catolicismo, aunque de tal solo conservara el nombre.

Ya no seria Lammenais quien no querria ser católico; iba á aparecer Montalembert diciendo:

Hé de ser católico aunque la Iglesia no quiera.

Hasta entónces, si tales comparaciones son permitidas, el liberalismo habia sido el protestantísmo en política; de allí en adelante iba á tomar otro carácter, y á convertirse en el jansenismo político.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, el liberalismo iba á reunir sus diferentes armas, dispersas en sectas diferentes, para asestarlas contra el enemigo comun, y las contradiciones importaban poco. ¡Iba á ser posible que el reinado de Luis Felipe fuese la mejor de las Repúblicas!

Ante una nueva faz de la revolucion, y la mas terrible, preciso era que la Providencia suscitara un nuevo Papa, á propósito para la nueva lucha,

Véamos cual fué el carácter que tomó.

4.

PRINCIPIOS RELIGIOSOS
Y
PRINCIPIOS POLITICOS.

El liberalismo no es un error absoluto; un er-

Y no era ciertamente despreciable el enemigo que ofrecia rendirse; se daba el nombre de civilizacion moderna; se llamaba el Siglo diez y nueve.

La obra era grande, y Pio IX que era más grande que ella la emprendió.

No es posible extendernos demasiado, y apenas podemos bosquejar; pero el Papa, segun la inmortal expresion de Ventura Raúlica, llamó á la Democracia, y quiso bautizar á aquella heroina salvage.

El mundo no respiraba, atento al gran drama que se iba á desarrollar.

Grandes hombres como Lacordaire y Montalembert, la deseaban y la aplaudieron; otros, como Raúlica y Gizzi, la abrazaron con entusiasmo; otros, como Balmes la saludaron gozosos desde léjos; otros finalmente como Riario Sforza y el entónces jóven Antonelli, se agruparon al rededor del Pontífice, ansiosos todos, anhelando el resultado que iba á decidir del porvenir del mundo.

Encadenar al monstruo; esclavizar y no matar al enemigo, bautizar á la heroina salvage,

obra gloriosa, y tan gloriosa, que muy glorioso era á lo menos emprenderla.

El liberalismo clamaba tiempo hacía á la Iglesia forcejando con ella, diciendo como Jacob: No te dejaré hasta que no me hayas bendecido. La Iglesia, segura de su inmortalidad, aceptó al fin la tremenda empresa, de la cual tal vez dependia salvar al mundo.

La democracia entró á Roma; el Papa le abrió las puertas.

Perdon! nos equivocamos, el Rey de Roma le abrió las puertas.

El círculo Romano y el círculo Popular, rodearon el trono del Pontífice, y una tarde el cañon de S. Angelo y las campanas de S. Pedro anunciaron que se establecia la Constituyente.

Comenzaba la gran obra: depurar al liberalismo, á la Democracia, al siglo XIX en fin, lavarlo, como á un pecador arrepentido con la sangre del Cordero, y aceptarlo despues, pero despues, á la comunion cristiana. ¡Digno espectáculo para los ángeles y para los hombres!

Si se lograba el obejeto, se quitaba de enmedio el gran obstáculo para la paz de Europa y

para la paz del mundo. Si se lograba el objeto, se realizaba la fábula del siglo XIII y el diablo serviria de cabalgadura á Alberto Magno, para ir á salvar al Papa; si se lograba el objeto, los pueblos podrian respirar tranquilos, y á la Iglesia seria debida la pacificacion del mundo. Si se lograba, despues de decir: gloria á Dios en las alturas, motivo suficiente habia para exclamar: Paz á los hombres de buena voluntad.

Si no conseguia el objeto propuesto, no seria por culpa del Papa; si no se conseguia, el liberalismo rompía la alianza tan libremente admitida y con tantas instancias pedida; él mismo arrancaba de su propio rostro la careta, y en la segunda mitad del siglo XIX, seguiria siendo lo que habia sido en la primera, un enemigo así de la fé cristiana, como de los pueblos y de la misma civilizacion que hipócritamente invocaba.

Inútil es recordar el fin de la obra magna del Papado en la edad moderna. Inútil recordar la ingratitud del liberalismo, ingratitud que no tiene igual en todas las edades.

Pero no lo culpemos; se separó de la Iglesia porque no podia continuar unido á ella; com-

prendió que lo que él habia llamado alianza cuando la pedia, cuando la solicitaba, no era si no su suicidio.

Desde entónces nadie puede vacilar y nadie puede engañarse.

Si Pio IX, el mas grande de los Papas, si Antonelli, el mas hábil de los diplomáticos en la edad moderna, si Raúlica el más profundo de los políticos, no lograron la fusion, es que esa fusion es imposible.

En adelante, es querer engañarse, pretender aliar el liberalismo con las ideas católicas. ¡Lo que no pudo Pio IX lo podrá un orador de café, ó un periodista de la *izquierda derecha!*

Pero volviendo á nuestro propósito: el ensayo de unir á la escuela católica lo que NO ES MALO EN EL LIBERALISMO, convenia al plan de la Providencia, que se hiciera. El siglo se quejaría exponiendo que la prueba no se habia hecho, y siempre se tendria un Gizzi en el Sacro Colegio, un Raúlica en la cátedra sagrada, un Montalembert en el periodismo y un Lacordaire en los claustros, sirviendo de rémora á la marcha de la sociedad cristiana.

Y no hubieran sido condenables, al paso que hoy no queda á los novadores mas papel que el de el Padre Jacinto.

Los campos se han deslindado; ó ser un Veuillot, ó ser un Ratazzi; ó ser un Mermillod, ó un Doellinger. El liberalismo católico está mas que condenado á muerte, está condenado al imposible.

Esperemos que Pio Magno, que acabó con el liberalismo católico, acabará tambien con el liberalismo francamente anti-católico.

Pero si no es Pedro por Pio, siempre será Pedro el triunfador.

Con Pontífices reyes ó con Pontífices mártires, contra la barca del pescador se estrellarán lastempestades.

Oremos y esperemos, Siempre la gran obra será obra de Aquellas que sola ha destruido todas las herejías en el Universo Mundo.

81

TERCERA PARTE.

Quodqumque sanae doctrinae adversatur, hoc fidei est etiam quodammodo adversum

Melchor Cano–de loc. theol. lib XII cap. 5.

ror absoluto no existe, pues la absoluta negacion de todo lo positivó, seria la nada.

Hay en su doctrina, y mas tarde habremos de repetirlo, ciertos principios que si se les considera sin su enlace con otros principios, y abstraccion hecha de circunstancias y de tiempos, no son principios condenables.

En sí mismos, aislados, no hay porqué decir que no sean buenos.

La gran astucia del liberalismo consiste en extraer veneno de las flores.

Al reves del antiguo romano que cubria su baston de oro bajo una corteza, él tiene la ciencia de ocultar el palo que ha de herir, bajo la dorada corteza de un baston de oro.

Sus nuevos apóstoles predicaban seductores principios políticos; á creerseles, la religion á su sombra podria florecer, y la piedad acrecentarse.

Habian depurado, decian, la doctrina liberal, de los errores y exageraciones que la manchaban, y no pretendian sino propagar los bienes que se encerraban en ella.

Haced la prueba, decian (y todavia lo dicen)

haced la prueba; vosotros, católicos, no teneis porque hacernos la guerra, pues no la hacemos contra vosotros. No tenemos inconveniente en aceptar vuestros dogmas, pero no lo tengais en aceptar nuestros principios. Dadnos el fondo, y os daremos la forma.

Felicidad para los pueblos, riqueza y prosperidad para las naciones, el bienestar del mundo, debia ser el efecto mágico de esta alianza.

Si la prueba no se hacia, si se rechazaban los magníficos ofrecimientos del Siglo con un gesto á lo Lambruschini, tal vez tendria el Siglo razon para quejarse.

Sobre todo, la empresa era colosal y si se hubiera salido bien de ella, se hubieran puesto en manos del catolicismo las armas de sus contrarios.

Se hubiera logrado la paz en el campo de la política. ¿Quién sabe si no se ofrecia la ocasion única de pactar la *tregua de Dios*?

Sin embargo, las monarquías no podian hacer la prueba, ni emprender el ensayo, porque temian morir; ó debia dejarse en vacilacion al mundo, ó solo Roma podia emprender la obra, porque solo Roma es inmortal.